

El radicalismo hegemónico: enfermedad juvenil del izquierdismo salvadoreño

La paráfrasis del título de Lenin (*El radicalismo de izquierda, enfermedad infantil del comunismo*) no es casual, ni ociosa. Las enconadas discusiones que, tras la coyuntura electoral recién pasada, han aflorado en el seno del FMLN y conducido a sus cinco organizaciones integrantes a un virtual estado de cisma, entroncan con una bien cimentada tradición, la cual se remonta a las incontables polémicas de V. I. Lenin contra los “social-traidores” de la II Internacional (Eduard Bernstein y sus secuaces), los “marxistas-revisionistas” de la línea de P. Struve y M. I. Tugan Baranovsky, la inaceptable concepción del “renegado Kautsky” sobre la “revolución proletaria” y el “oportunismo pequeño-burgués” de Martov y Plejanov (en cuyas manos Lenin tuvo que dejar la redacción de la revista *Iskra*, vencido por la “correlación de fuerzas” en ese momento favorable a los mencheviques), para aludir a unos pocos casos.

Las rencillas intestinas, llevadas muchas veces al extremo de la purga violenta, han sido moneda de uso cotidiano en el seno de la izquierda desde los orígenes históricos de lo que modernamente se puede considerar como tal. La capacidad secular (entiéndase esta adjetivación en el sentido de *seculum*) que la izquierda ha mostrado para la reyería ideológica, el espíritu de disensión, la contradicción por principio, la contestación maximalista y la polémica bizantina, es inconmensurable.

El FMLN no ha sido la excepción a esta regla. Bastaría, para probarlo, echar un vistazo al surgi-

miento de las organizaciones político-militares a comienzos de los setenta como alternativa a la entonces “errada” posición del Partido Comunista sobre la estrategia a seguir por la “revolución” salvadoreña, y a las pugnas interminables que desde entonces han enfrentado tanto a las propias organizaciones político-militares como a sus respectivos frentes de masas. Recuérdense, por ejemplo, los estériles forcejeos de finales de los setenta entre el Bloque Popular Revolucionario y el Frente de Acción Popular Unificada para dirimir cuál de ellos detentaba el apoyo mayoritario de las masas y estaba en capacidad de implementar la política de masas “correcta”. Recuérdense los encendidos epítetos que ya desde entonces las Fuerzas Populares de Liberación espetaban contra el Ejército Revolucionario del Pueblo, al que reprochaban su intención de impulsar una estrategia de lucha “militarista” sin un análisis “adecuadamente” marxista de la situación (estrategia a la que Lenin, probablemente, hubiera tildado de “bakuninista”). Recuérdense las acusaciones de las Fuerzas Populares de Liberación contra las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional por las posturas “pequeño-burgueses” que esta organización habría adoptado frente a los acontecimientos de finales de 1979 y comienzos de 1980. Otros muchos hechos de la misma índole, pasados y recientes, podrían ser recordados, pero basten estas alusiones a vuelo de pájaro para mostrar hasta qué punto el FMLN ha estado, desde sus inicios, pegado con saliva.

Los protagonistas del drama han variado relativamente, por relevo, por evolución ideológica o por mera exclusión física. Algunos, como Roque Dalton y Ana María, fueron purgados en el camino. También Marcial lo fue, aunque de modo oblicuo y por motivos distintos. Los reacomodos de las alianzas han configurado nuevas correlaciones de fuerzas, deshecho mitos y minado liderazgos. En cambio, el atávico espíritu de divisionismo que desde sus inicios ha carcomido al FMLN, no sólo ha permanecido incólume a la sucesión de coyunturas, sino que incluso parece haber cobrado mayor virulencia tras la incorporación de la izquierda a la "democracia representativa". El dogmatismo maximalista, que parecía haber empezado a poner los pies en tierra durante el proceso de negociación que culminó con los acuerdos de paz, ha vuelto por sus fueros. La vieja ortodoxia ha sentado sus reales en la tradición más acendrada del verticalismo staliniano. Quienes se han aventurado a insinuar la conveniencia de atender a los "signos de los tiempos" han sido condenados al ostracismo. Aquellos que fueron considerados durante la guerra como los más perspicaces estrategas del FMLN han pasado a ser denigrados como "oportunistas" o "social-traidores" —para retomar el epíteto de Lenin contra sus adversarios de la Internacional Socialista. El "renegado" Villalobos ha corrido la suerte de Kautsky —aunque siempre cabe el consuelo, visto con ojos de optimismo, de pensar que hubiese sido mucho peor sufrir el hado que Stalin impuso sobre Trotsky.

Esta bochornosa situación apenas merecería nuestra atención si la izquierda salvadoreña y, más en concreto, si las organizaciones político-militares que a comienzos de los ochenta se integraron en el FMLN, no hubieran inspirado tantas expectativas de cambio social para los pobres de El Salvador; si la llamada izquierda "democrático-revolucionaria" no hubiera tenido a su alcance reales posibilidades históricas para instaurar un nuevo modelo de sociedad en el país. En estos momentos de profunda crisis de la izquierda, ese proyecto radical de cambio social parece algo que *pudo haber sido*, pero que *no fue*, esto es, lo que los escolásticos medievales hubiesen llamado un "futurible".

La raíz de tantos y de tan graves males, el "pecado original" de la izquierda salvadoreña que ha derivado en tales consecuencias, nos parece que se encuentra en esa actitud multifacética que podríamos denominar de muchas maneras, pero que hemos optado por designar como "radicalismo hegemónico", verdadera enfermedad de juventud que parece haberse hecho crónica en la izquierda salvadoreña y que le ha impedido, de hecho, madurar para poder colocarse a la "altura de los tiempos". Es esa actitud radical de hegemónico la que retrasó estérilmente el proceso de constitución de la unidad revolucionaria en los setenta y que, una vez lograda ésta *formalmente*, ha impedido su transformación en una unidad *real* de objetivos y de estrategias a lo largo de los ochenta y durante lo que va de los noventa. No se puede negar que el FMLN ha hecho importantes contribuciones al proceso histórico salvadoreño, pero esas contribuciones *podrían haber sido* más profundas y el país mismo *podría* ahora ser muy distinto de no haber cargado el FMLN con ese "pecado original" que ha desvirtuado su presunta opción por los oprimidos y despotenciado sus esfuerzos en favor de una sociedad más humana para El Salvador. Una vez más, tenemos que recurrir a la conceptualización de los posibles frutos del proceso en términos de "futuribles".

El "caso Villalobos" ilustra con dramática actualidad la pervivencia de esa problemática dentro del FMLN, pero al mismo tiempo abre posibilidades que hasta hace poco estuvieron obturadas para la búsqueda de una nueva identidad de la izquierda revolucionaria en El Salvador.

Es posible que Villalobos esté equivocado en la estrategia y en las tácticas que la izquierda debiera seguir en la nueva coyuntura. Es posible que la social-democracia, tan desacreditada en tantas partes, no sea el referente ideológico y político más feliz para reorientar la identidad de la izquierda en El Salvador. Es posible también que Villalobos sea demasiado ingenuo y, u optimista sobre las posibilidades de cooperación crítica de la izquierda con ARENA. Incluso es admisible que pudiera haber en su actual praxis política algo de "oportunistismo". Pero al menos ha sido el único en

plantear con absoluta claridad que hay una *nueva coyuntura* en el país y que la izquierda en general, y el FMLN en particular, harían bien en reestructurarse a fondo para responder a los nuevos desafíos que dicha coyuntura plantea.

Desafortunadamente, ninguna de las organizaciones que integran la "triple alianza" hegemónica al interior del FMLN lo ha entendido así. Tanto el Partido Comunista, como el Partido Revolucionario de los Trabajadores de Centroamérica y las Fuerzas Populares de Liberación han evadido olímpicamente una respuesta frontal a la problemática planteada por Villalobos, quizá porque no perciben que la coyuntura histórica del país ha evolucionado o, peor aún, porque no creen que la izquierda tenga que cambiar para adaptarse a los nuevos tiempos. Han preferido irse por la vía fácil de la descalificación moral de Villalobos, acusándolo de "oportunista" y "traidor", evadiendo el punto central de la cuestión, que no es la solvencia moral de Villalobos, sino si la izquierda salvadoreña está preparada para enfrentar los retos que se le plantean en los albores del siglo XXI. Lenin, al menos, mostró mayor disposición para el debate ideológico cuando enfrentó a los "social-traidores" de la II Internacional (dicho sea de paso, no estaría

de más recordar cómo la historia se ha encargado de reivindicar las objeciones que otro "renegado", Bernstein, formuló a los planteamientos de Marx en aspectos tan importantes como la teoría de las crisis y de la acumulación o de la llamada "teoría del derrumbe", *Zusammenbruchstheorie*).

Es significativo que en la "triple alianza" hayan congeniado, al menos de cara a sus intereses estratégicos coyunturales, las organizaciones que históricamente han mostrado mayor grado de ideologización, radicalización y dogmatismo dentro del FMLN, a saber, el Partido Comunista, el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos y las Fuerzas Populares de Liberación, mientras que en el *tandem* contrario se encuentren las dos más acusadas de "desviacionismo pequeño-burgués", la Expresión Renovadora del Pueblo y la Resistencia Nacional.

Sólo quien sabe reconocer sus errores está en posibilidad de cambiar. A la inversa, sólo puede cambiar quien previamente ha reconocido que no siempre ha hecho bien las cosas. El espíritu de autocrítica y la voluntad de resarcir equivocaciones son dos caras de una misma moneda. Villalobos, al menos, ha mostrado actitud autocrítica y disposición al cambio. Hasta la fecha, en contras-



te, no se ha oído una sola palabra seria de autocrítica del Partido Comunista, del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos o de las Fuerzas Populares de Liberación sobre sus errores del pasado. Al parecer, el único que tiene un *mea culpa* que confesar es Villalobos —y, por extensión u ósmosis, la Expresión Renovadora del Pueblo y la Resistencia Nacional.

Al Partido Comunista no le suscita ningún escrúpulo el haber recurrido al secuestro de la hija de Duarte, ni los asesinatos de Peccorini y del ex fiscal García Alvarado, para citar algunas de las acciones más relevantes atribuidas a su brazo armado, las Fuerzas Armadas de Liberación. El Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos no considera que haya motivos para disculparse por la masacre de la Zona Rosa ni por los demás actos de terrorismo ejecutados por sus comandos urbanos a lo largo del conflicto. Sólo la Expresión Renovadora del Pueblo ha tenido que reconocer que el secuestro y asesinato de alcaldes fue una aberración, como lo fue, también, el asesinato de Roque Dalton. No es casual que, en tales circunstancias, haya sido este partido la organización del FMLN que peor parada quedó en el informe de la Comisión de la verdad. Sólo la Expresión Renovadora del Pueblo estaba obligada a reconocer sus errores porque presuntamente sólo ella cometió errores.

Las acusaciones de "oportunismo" que se han formulado contra Villalobos tienen todos los vicios de un sofisma *ad hominem*, esto es, del tipo de "argumentos" que se esgrimen cuando se carece de razones. En primer lugar, porque el meollo de sus planteamientos no constituye una ocurrencia de última hora. Quien se tome la molestia de rastrear el pensamiento de Villalobos podrá percibir una sensible evolución desde posiciones casi tan radicales como las que aún parecen sustentar las organizaciones de la "triple alianza" hasta lo que constituiría su planteamiento actual en favor de una nueva identidad de la izquierda. Quizá la formulación más acabada y sistemática de este planteamiento se encuentre en su opúsculo *Una revolución en la izquierda para una revolución democrática* (San Salvador: Arcoiris, 1992), pero otros trabajos preliminares, algunos de ellos publi-

cados oportunamente en las páginas de *ECA* (véanse, por ejemplo, "Perspectivas de victoria y proyecto revolucionario", *ECA*, 1989, 483-484, pp. 11-51; "La propuesta del FMLN: un desafío a la estrategia contrainsurgente". Entrevista de Marta Harnecker a Joaquín Villalobos, *ECA*, 1989, 485, pp. 211-228. En la misma línea de análisis se sitúa el trabajo de Juan Ramón Medrano, "Revolución democrática. Tesis para la estrategia del FMLN". *ECA*, 1992, 527, pp. 723-739) apuntaban ya en esta dirección.

En El Salvador, la mayoría de las fuerzas sociales y políticas sólo empezó a percatarse de los alcances de la *perestroika* hasta que los medios televisivos propagaron por todo el mundo las impresionantes imágenes del desmantelamiento del muro de Berlín. No fue ése el caso de la Expresión Renovadora del Pueblo que, al menos a finales de 1988, se identificaba ya plenamente con la *perestroika* en su lucha contra el "dogmatismo y el pensamiento ortodoxo que pretende trasladar mecánicamente los modelos clásicos de la revolución y su estrategia a nuestro país" ("Perspectivas de victoria y proyecto revolucionario").

En segundo lugar, el planteamiento de Villalobos en favor de una izquierda moderna, pragmática, flexible, realista, no tiene por qué implicar una cesión de la razón utópica en favor de la razón utilitarista que priva en estos tiempos de imperialismo neoliberal. La disposición a colaborar constructivamente con ARENA tampoco es incompatible, *per se*, con la crítica utópica de los gravísimos males que el capitalismo salvadoreño continúa generando para las mayorías populares. Quienes así interpretan interesadamente el planteamiento de Villalobos son aquéllos que en una sociedad verdaderamente democrática verían descalabradas sus pretensiones de hegemonismo.

Estamos situados actualmente en un punto alto de esos movimientos pendulares que suelen darse en la historia. El fracaso de los ensayos de planificación estatal de la economía, el desmoronamiento de las "democracias" autoritarias del este de Europa, la crisis teórica y práctica por la que atraviesa el marxismo, han sido tan impresionantes que, con la sola excepción de Cuba, ningún régimen socialista de los que ha sobrevivido a la *perestroika*

cree ya en el tipo de organización socialista de la sociedad que el marxismo-leninismo visualizó como preámbulo de la etapa presuntamente más elevada del desarrollo histórico: el comunismo. El muro de Berlín se ha convertido en un verdadero parteaguas de la historia. Habría que tener la fe de un patriarca bíblico para esperar que alguna sociedad futura pueda llegar algún día a reemprender la búsqueda de la utopía comunista en su acepción marxista-leninista. El "fin de la historia", si hacemos caso a Fukuyama, se prefigura *toto caelo* distinto del anticipado por Marx. Estamos bajo el imperio del neoliberalismo y de la "democracia representativa".

El péndulo de la historia, empero, habrá de iniciar su descenso. Ya le llegará también al capitalismo su hora del "llanto y crujir de dientes". La dinámica concentradora de la economía mundial y la explotación despiadada de la naturaleza constituyen una bomba de tiempo que el capitalismo no muestra demasiada diligencia por desactivar, eufórico como todavía lo está por su presunta victoria planetaria sobre el socialismo. La búsqueda de una nueva sociedad más racional en su uso de la naturaleza, más austera en sus estilos de desarrollo, más equitativa en la distribución de sus bienes materiales y culturales, en una palabra, más civilizada que el remedo de civilización que occidente ha impuesto al planeta, constituye una utopía necesaria e irrenunciable para el futuro de la humanidad —si es que se quiere, por supuesto, que ésta tenga algún futuro.

Con todo, no hay que confundir esa utopía y su correspondiente crítica del capitalismo, con una eventual recuperación del tipo de socialismo que la revolución de octubre impuso en Rusia y que desde allí extendió sus ramificaciones a lo largo y ancho del planeta. Quizá no sea prudente asumir que la historia nunca se equivoca en el largo plazo, pero al menos en lo que respecta a la experiencia del socialismo real en el siglo XX, podemos aceptar que la historia ha sido una buena maestra, como lo aseguraba Cicerón. El socialismo a ultranza, ese socialismo troquelado en el molde cuadrículado del marxismo-leninismo-stalinismo, constituye una especie en extinción y nos congratulamos de que así sea.



Por lo mismo, resulta preocupante que en estos tiempos de *postperestroika* todavía haya quienes insistan en llamarse "comunistas", sin aclarar siquiera si asumen alguna solución de continuidad con las connotaciones que dicha etiqueta revestía hace diez, veinte o treinta años, esto es, antes de los acontecimientos de Berlín. Por supuesto, cada quien es libre de llamarse como quiera en una sociedad democrática, tal como lo prueba, en otro extremo posible del dogmatismo ideológico, la proliferación de agrupaciones neonazis y neofascistas que se ha dado en años recientes en occidente, desde Estados Unidos hasta Rusia. Quizá el apego a una etiqueta como la de "Partido Comunista" resuelva la búsqueda problemática de la nueva identidad que los nuevos tiempos exigen de la izquierda. Pero el hecho mismo de asumir tal tipo de emblemas a estas alturas de la historia muestra una sensibilidad muy disminuida frente a las señales de los tiempos. Ello tampoco obsta para que pueda admirarse la reciedumbre de carácter, la tozudez del que nada contra corriente, la fidelidad incondicional a lo que se consideran principios insobornables, que tal actitud denota, pero tales reciedumbre, tozudez y fidelidad harían un mejor servicio al país si pudieran combinarse

con un poco de flexibilidad y pragmatismo, que no es lo mismo que oportunismo.

¿Cuáles son las perspectivas que se le abren al FMLN en este contexto?

El *factum brutum* insoslayable del cual habría que partir es el de su virtual fragmentación como frente multipartidario, para formular la situación en términos suaves. Qué es lo que de aquí vaya a seguirse dependerá de las decisiones que adopten, por un lado, la Expresión Renovadora del Pueblo y la Resistencia Nacional, que parecen estar avanzando en su estrategia de estrechar alianzas con la social-democracia; y, por otro, el Partido Comunista, el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos y las Fuerzas Populares de Liberación.

No quisiéramos aventurarnos a meter las manos al fuego por lo que pueda salir del giro estratégico de la Expresión Renovadora del Pueblo y de la Resistencia Nacional, por más que, en principio, nos parezca fundamentalmente plausible su exigencia de cambios al interior del FMLN y su señalamiento de la dirección básica en que deberían darse tales cambios. Sin embargo, aun con esas reservas, consideramos que un proyecto en esa dirección podría, a la larga, hacer mayores y mejores contribuciones a la democratización del país que las que se derivarían del radicalismo hegemónico de la "triple alianza".

Las Fuerzas Populares de Liberación se jactan de que una medición cuantitativa de las bases orgánicas del FMLN dejaría a la Expresión Renovadora del Pueblo y a la Resistencia Nacional en una situación minoritaria del 20 contra el 80 por ciento de las tres restantes organizaciones, lo cual implicaría que, en realidad, el "tres a dos" del que se quejan la Expresión Renovadora del Pueblo y la Resistencia Nacional constituiría una generosa concesión de parte de la "triple alianza". Las Fuerzas Populares de Liberación, a su vez, tendrían la mayor participación proporcional en ese 80 por ciento mayoritario de las bases del FMLN, habida cuenta de la pequeñez de la base orgánica del Partido Comunista y la virtualmente nula base del Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos. En otras palabras, las Fuerzas Po-

pulares de Liberación considerarían que ellas "son" el FMLN, mientras que, por el contrario, la Expresión Renovadora del Pueblo y la Resistencia Nacional "no son nada y no valen nada" fuera del FMLN ni ante ARENA, ni ante el gobierno, ni ante la empresa privada, ni ante los otros partidos políticos, ni ante la comunidad internacional.

La conclusión práctica que las Fuerzas Populares de Liberación derivan de tales premisas, de cara al futuro del FMLN, es que, dado que cualquier variante de unidad orgánico-funcional del FMLN del tipo del frente multipartidario que ha sido hasta la fecha, es disfuncional e inviable a mediano y largo plazo. La *única opción alternativa viable* sería la disolución de las actuales estructuras orgánicas de las organizaciones que integran el FMLN, cuya unidad es ya irrecuperable, y la constitución de un "nuevo partido unificado de toda la izquierda" cuyas bases mayoritarias —y, por tanto, implícitamente, también sus estructuras directivas— provendrían, por supuesto, de las Fuerzas Populares de Liberación. En otras palabras, se trataría del sueño acariciado por Marcial de organizar el "verdadero" partido comunista de El Salvador a partir de una amplia alianza obrero-campesina, cuya vanguardia la constituirían las Fuerzas Populares de Liberación. Irónicamente, aunque Marcial fue eliminado, su impronta ideológica caló hondo en las Fuerzas Populares de Liberación. Según se ve, las pretensiones hegemónicas del patriarca no se diferenciarían demasiado de las que inspiran a la actual dirigencia de las Fuerzas Populares de Liberación. *Extra Fuerzas Populares de Liberación, nulla salus*. Hoy, al igual que en los setenta, pareciera no haber salvación fuera de las Fuerzas Populares de Liberación.

Este radicalismo hegemónico ha causado graves males, al FMLN, a la izquierda y al país entero. Desde luego, no ha sido tal radicalismo un atributo privativo de las Fuerzas Populares de Liberación, pero son las pretensiones hegemónicas de esta organización las que, por circunstancias del desarrollo histórico propio del movimiento revolucionario salvadoreño, entrañan mayores riesgos para la democratización de la propia izquierda y del país.

Cuando se está en posición fetal, lo más cerca

que se tiene a los sentidos es el propio ombligo. El radicalismo hegemónico de la izquierda, al volcarla sobre sí misma, la ha llevado a poner sus intereses particulares por encima de los intereses de las mayorías populares a las cuales la izquierda debería servir. Se trata de una enfermedad similar a la que ha aquejado secularmente a la Iglesia jerárquica, que al ponerse en función de sí misma se ha desentendido del "reino".

La recuperación de la utopía, la profundización de la democracia, el logro de la justicia social, la distribución equitativa de la riqueza económica, en

fin, la construcción de una sociedad más humana en El Salvador, no son objetivos que habrán de alcanzarse por la vía del radicalismo hegemónico, sino por medio de la configuración de una nueva izquierda que responda a esos viejos retos en los nuevos escenarios. No tenemos recetas para acometer tales tareas. Ello es algo que la propia izquierda debe emprender con creatividad y audacia a partir de la superación de sus radicalismos y maximalismos del pasado.

C. A.

